

El cuerpo de la obra está dividido en cuatro partes. La primera parte está dedicada a la explicación de los elementos internos del trabajo (portada, índice, prólogo, introducción, desarrollo, etc.), aquí se detalla cómo deben disponerse y desarrollarse atendiendo a los diferentes procedimientos metodológicos y a las normativas académicas. En esta parte se describen los cánones en relación a la presentación. Además, el lector encontrará las claves para realizar una alfabetización bibliográfica correcta atendiendo a la nacionalidad del autor, aspecto que a menudo se ignora y en el que es fácil equivocarse. Asimismo, encontramos orientaciones prácticas sobre la secuenciación y división del trabajo. La segunda parte está dedicada al uso correcto de las citas y las notas como parte integrante de un trabajo bien documentado; al final de esta parte se explican los dos sistemas más importantes de citación, el Sistema Tradicional y el Sistema Harvard. En la tercera parte se explican las diferencias entre Referencias bibliográficas y Bibliografía, cómo pueden presentarse y cuáles son las normativas estipuladas en torno a la investigación. En la cuarta parte, se subraya la importancia de una presentación correcta y cómo debe realizarse, cuáles son las convenciones relativas a la escritura de investigación, el uso adecuado de los márgenes, el interlineado, la numeración y encabezamientos, puntuación, subrayado, señales de lectura, paréntesis, corchetes, guiones cortos y largos, todo ello, sin duda, es a menudo utilizado por cualquier investigador, sin embargo, su utilización no siempre es correcta, por ello, esta parte puede servir de gran utilidad. Por otro lado, cabe señalar, en esta cuarta parte, algunos consejos e indicaciones sobre la celebración del acto académico de la defensa que, sin duda, proporcionan al lector cierto bálsamo de seguridad y confianza.

Por último, esta obra se completa con una conclusión, una bibliografía y dos apéndices, todo ello es una muestra idónea de cómo deben cuidarse los complementos que escoltan el texto central. En el primer apéndice, el lector encontrará una amplia gama de abreviaturas y locuciones que ofrecerán la posibilidad de enriquecer el trabajo. En el segundo apéndice, aparecen los elementos esenciales para desarrollar una recensión bibliográfica.

Tal y como nos recuerda la profesora Muñoz-Alonso en la Conclusión final: *escribir no es sólo fruto de inspiración, sino de la técnica y de la tenacidad*. Pues bien, con este elegante trabajo, el lector puede encontrar las herramientas necesarias para hacer de la inspiración algo estructurado y digno de presentación académica.

Sergio ANTORANZ LÓPEZ

ÁVILA, Remedios. *Lecciones de metafísica*. Madrid: Editorial Trotta, 2011. 229 págs.

El motor de la filosofía, su íntima y oculta pasión, ha sido levantar fortalezas que separaran la realidad del sueño, el sosiego del pánico, lo posible de lo imposible, la salud de la enfermedad mental... Ofrecer al pensar su camino más allá del abismo, hacer del discurso algo significativo. Pero, al mismo tiempo, lo más apasionante de la filosofía, tras elevar aquellos regios castillos de la razón, ha sido la aparición de las sofisterías, la condena y el derribo a través de aquellas fisuras que el tiempo ha ido subrayando y que, llegado el momento, se convirtieron en ruinas insostenibles. En este sentido, el ser parece absorbido por la nada, el nihilismo se ha presentado históricamente como la necesaria melancolía de

la metafísica, pero, al mismo tiempo, siguiendo las palabras del último Heidegger, sólo en la concavidad de la vasija, en su propio vacío, hallamos su ser. Quizá, a la metafísica le es inherente el nihilismo, es más, quizá sólo mediante la nada el ser puede encontrar su ocupación. Bajo esta trágica sospecha, la profesora R. Ávila, en un delicado ejemplo de pasión hacia la metafísica (algo difícil de ver en el panorama académico puesto que se ama al metafísico y no a los metafísicos, mucho menos se habla de su atractiva variante: *los antimetafísicos*), nos muestra el cuidado de esa tensión, aquella necesaria complementariedad de los opuestos que tal y como señalaba Heráclito: en la guerra encontramos el padre de todas las cosas.

Estas *Lecciones*, que parecen tentadas por el susurro de *El Oscuro de Éfeso* pero que se exponen mediante la cortesía que señalaba Ortega: la claridad, responden a la inquietante pregunta que tanto ha gustado de repetirse en las aulas de filosofía, pero que pocas veces se ha intentado responder. Nos referimos a la célebre pregunta de Heidegger que, con ciertos aires nauseabundos, popularizó el existencialismo: *¿por qué el ente y no más bien la nada?* Lejos de posibles náuseas, la profesora Ávila ofrece un interesante recorrido en torno a estas dos opciones metafísicas.

En la primera parte, dedicada a la pregunta por el ser, se presenta el abordaje de lo trascendental desde una perspectiva actual, ¿puede hoy el método y la argumentación trascendental tener algún tipo de vigencia?, después de Nietzsche, ¿puede seguir existiendo algún tipo de pretensión hacia el ámbito de lo categorial? Los siguientes capítulos prolongarán la incertidumbre sobre la fragilidad del ser, no obstante, la profesora Ávila apostará por una reconstrucción de Aristóteles, Descartes y Kant para replantear la cuestión por el ser a la luz de sus enemigos.

Del primero se extraerá la importancia de asumir un legado complicado. Por un lado, Aristóteles se encuentra ante el sabotaje de los sofistas en su intento de boicotear la posibilidad de la comunicación. Por otro lado, el legado del maestro se hace insostenible al defender la idea de participación, esto es, se le cuela el no-ser en el ser, opción que resulta imposible si el ser descansa bajo la idea de lo mismo. De esa consideración nacerá la búsqueda de una ciencia que se encargue del ser en cuanto es y encontrará la solución en las diferentes maneras de decir el ser. El aspecto positivo que facilita esta salida parcial está situado en la consideración del lenguaje como instrumento imperfecto y distanciado del propio pensar. De esta distancia nacerá la contradicción, no obstante, a pesar de ser imperfecto, el lenguaje será necesario porque responde al anhelo de comunicar, de significar del mejor modo posible el mundo que nos apela. Asimismo, el lenguaje deberá descansar bajo el supuesto del ser que se manifestará a través de aquellos principios que sin ser demostrables, garantizan la posibilidad de la vida humana y del quehacer científico. Del segundo autor se extraerá el empeño de la fundamentación del discurso, pero ahora desde el desarraigo de la metafísica que si bien ha alcanzado la crítica hacia los prejuicios de la escolástica, no obstante, conservará las añejas ilusiones que le servirán a Descartes para abonar el nuevo desierto que se ha abierto y salir de la estéril duda. Dentro de este gremio aparecerá Kant para afrontar una nueva forma de trascendentalidad y ofrecer nuevos límites a la labor de la metafísica, dotándole cierto rasgo de humildad gnoseológica. Posiblemente, el reconocimiento de esos límites abrirá la puerta a la reflexión en torno a la voluntad como fuente generadora de fenómenos.

Los intempestivos irrumpirán en la segunda parte titulada *El problema de la nada*. El primer capítulo está dedicado a un recorrido que examina el parentesco del término nihilismo con el fanatismo, la decadencia y el desvelamiento de los velos del progreso, asimismo también se examinarán los múltiples sentidos de predicar la nada y se estudiará los orígenes del nihilismo a través de los griegos, la filosofía cristiana y el Romanticismo. Posteriormente, frente a la anterior triada se presentará otra que supondrá el contrapunto necesario para la tensión. Las figuras elegidas para el duelo serán Schopenhauer, Nietzsche y Heidegger.

El primero será la figura clave para entender el origen y la formación de la nada como aniquilación de la voluntad de vivir. En este sentido, la metafísica nace precisamente de ese deseo de trascender la miseria vital que supone la experiencia del dolor y la muerte. La voluntad, al comprender los límites de su acción y la insatisfacción que le produce la imposibilidad de colmar la llamada del deseo, sólo le queda la nada como consuelo ante el sufrimiento, la lógica es la siguiente: no deseo luego no sufro. Por otro lado, Nietzsche intentará superar ese vacío pesimista rellenándolo mediante un sentido que no trascienda y niegue la vida. El punto de apoyo de Nietzsche será precisamente el despreciado por Schopenhauer, esto es, el arte. La representación artística no es la huida o la distracción de la voluntad, por el contrario, es la forma de colmar el vacío y de salir del hastío vital, desencanto que se produce por la insatisfacción inferida a través de aquellos sentidos absolutos que replegaron el poder de una voluntad. Heidegger coincidirá en este aspecto con Nietzsche, concretamente, la poesía será la forma de *habitar el mundo* porque, dicho brevemente, el ser se ha cosificado desde el legado cartesiano, la poesía ofrece esa movilidad al ser que la ontología clausuraba. Sin embargo, a diferencia de Nietzsche, considerará que el problema del nihilismo es precisamente no considerar a la nada como parte integrante del ser. La experiencia de la angustia, ante la carencia de objetos determinados y la indiferencia ante el sentido, abrirá la pregunta por la nada que será la condición de posibilidad del ser, esto es, no se trataría de superar el nihilismo sino de alimentarlo para convivir con él.

Sin intención de desvelar la trama y el desenlace de la obra, diremos que la sagacidad del recorrido consiste en la huida de la disyunción, no se trata de posicionarse ante un bando como si el contrario fuera el enemigo, la cuestión no es ser o no ser. Sin pretender atentar contra el principio de no contradicción, diremos: *ser y no ser, esa es la cuestión*. Es decir, se trata de rastrear aquellos elementos que claman complicidad de una alteridad que sólo es capaz de sustentarse en la diferencia, la apelación que aquí se produce radica en la mutua implicación de los opuestos (algo semejante a la famosa conjugación entre Poros y Penia que aparece en *El Banquete* platónico) como posibilidad de la *ilusión* (en su doble acepción: fuerza vital y representación falseada) del pensar metafísico. Dicho pensar se *desvela* sobre la búsqueda de aquella oquedad primordial que acompaña a toda forma de *logos*, curiosamente, el concepto, las categorías o la metáfora descansan bajo esta misma apertura: apropiarse de todo aquello que se resiste en su propio vacío. Allí donde el sinsentido se hace insoportable debe escenificarse una metafísica que siempre está acompañada por todo un decorado que la respalda. A este decorado que ofrece la legitimidad del pensar puede asociarse a los prejuicios o presupuestos trascendentales, es decir, aquello que ofrece la condición de posibilidad del diálogo, aquello necesario que ponga en marcha el teatro de la vida.

Sergio ANTORANZ LÓPEZ